

Puerto de los Santos

WILLIAM S. BURROUGHS



Traducción y prólogo de Javier Calvo
Posfacio de John Updike



Puerto de los Santos

WILLIAM S. BURROUGHS

Traducción y prólogo de Javier Calvo

Posfacio de John Updike



Prólogo

GUERRA PSÍQUICA Y PAJAS

Hoy en día prácticamente todos los lectores de William S. Burroughs están familiarizados con sus famosos «periodos». A fin de cuentas, son una herramienta óptima para entender tanto su existencia nómada como sus extraños procesos de escritura. Tenemos, por ejemplo, el periodo de Tánger, en los años 50, que abarca los relatos de *Interzona* y los borradores de *El almuerzo desnudo*. Están los años 60 en París y Londres, con esa monumental «mitología para la era espacial» que es la Trilogía Nova. Y está el regreso a Estados Unidos, que acabará generando una nueva Trilogía y mitología, la de los piratas, Madagascar, Libertatia y los viajes temporales. La única época que nunca ha encajado demasiado en este mapa son los años 70.

La década de 1970 supuso muchos cambios y transiciones para Burroughs, y el hecho de que no haya supestandamente ningún «gran proyecto» narrativo suyo que asociemos a aquellos años ha generado la idea errónea de que en aquella década el autor se dedicó principalmente a

otras cosas: a escribir artículos y ensayos, por ejemplo, o a iniciar su existencia de patriarca público del *underground* en Nueva York. La idea es errónea, en primer lugar, porque Burroughs no trabajaba así. Escribía sus relatos y los deconstruía de forma continua, dispersa y cíclica, y eso hace que las fechas de publicación de sus libros no nos ayuden mucho a saber cuándo trabajó realmente en ellos. Y es errónea también porque los años 70 fueron el periodo en que, pese a no haber trilogías, Burroughs escribió algunos de sus libros más fascinantes. Entre ellos hay incluso dos novelas «mayores»: *Los chicos salvajes*, que todo el mundo ha leído, aunque nadie parece ponerse de acuerdo sobre ella, y *Puerto de los Santos*, que no ha leído nadie.

La crítica más memorable que he leído de *Los chicos salvajes* la escribió Alfred Kazin en el *New York Times* cuando se publicó por primera vez la novela. En tono semirónico, Kazin decía que el contenido de las novelas de Burroughs «no era importante». Lo cual es una opinión bastante extendida: la idea de que lo que importa es el gesto, la provocación, la cacofonía y el impulso libertario, por mucho que resulte destructivo y ocasionalmente irritante. Esto me parece cierto solo si uno decide relacionarse con la narrativa de Burroughs a un nivel puramente superficial, lo cual también es una estrategia válida.

Si uno se adentra un poco, sin embargo, es fácil ver que *Los chicos salvajes* no es un simple refrito del material *Almuerzo desnudo-Trilogía Nova*, al estilo de *Dead Fingers Talk* (que, por cierto, tampoco es un simple refrito). Es

un universo narrativo distinto, donde no solo el material es nuevo; también han evolucionado los mecanismos de composición. La prueba es que *Los chicos salvajes* se suele presentar unas veces como una de las obras más legibles y lineales de Burroughs y otras como una de las más experimentales. También hay quien la considera la gran obra maestra de Burroughs junto con *El almuerzo desnudo* (como Luis Antonio de Villena en el prólogo a la primera edición española) y quien la ve como una obra menor y puente entre dos épocas. Lo único que está claro es que siempre ha sido una de las novelas más populares de Burroughs.

Quien haya leído *Los chicos salvajes* recordará seguramente lo desconcertante de su *forma*. Durante tres cuartas partes, la novela alterna unas memorias eróticas alucinadas de adolescencia en Missouri con una galería de perversiones irónicas y/o pornográficas de tramas *pulp* sacadas de las páginas de *Weird Tales* o *Astounding Stories*. Los recuerdos se mezclan con la manipulación fantasiosa de sí mismos y también con aventuras sexuales fantásticas de ciencia ficción. Y después, en el último cuarto del libro, asistimos a la irrupción de los Chicos Salvajes. Un ejército subterráneo de chavales mutantes e hipersexuales con superpoderes, enfrentados a la civilización y versados en las artes mágicas y las tácticas terroristas. Tres capítulos más tarde, la novela se termina de golpe. Una mitología truncada, como una visión de la que no hay tiempo más que de dar cuatro pinceladas antes de que se borre de la memoria. ¿Quién no ha tenido la sensación

de que *Los chicos salvajes* se terminaba justo cuando empezaba lo mejor? La razón, para quien no lo sepa, es que las aventuras de los Chicos Salvajes estaban en otra parte.

No es verdad que los años 70 fueran un punto bajo en la creatividad literaria de Burroughs. En la misma época aproximada en que estaba escribiendo *Los chicos salvajes* y *Puerto de los Santos*, por ejemplo, también escribió dos de sus mejores colecciones de relatos: *¡Exterminador!* y *The Burroughs File*, además de otras obras publicadas recientemente en España como *Ah Puch está aquí*, *La revolución electrónica* o *El Manual revisado del boy scout*. Muchos de sus textos más programáticos, revolucionarios, violentos y peligrosos son de esta época. Y no me parece ninguna barbaridad postular *Puerto de los Santos* como su obra central del periodo. Una veintena de relatos interconectados y ambientados en el universo de los Chicos Salvajes, la metáfora dominante del periodo, que recuperan a los personajes y las tramas desarticuladas de la novela anterior y desarrollan (por fin) su mitología a fondo. Su eje, como en otros libros de este periodo, es bélico. La guerra psíquica a cañonazos y flechazos entre las fuerzas del orden, el lenguaje y la cultura institucionales, y las guerrillas de la barbarie, el sexo desbocado y la ruptura incesante. También es un libro hilarante e histórico, donde todos los caminos narrativos se ven interrumpidos y pisoteados por la aparición compulsiva de la pornografía. La lectura sería de esto es que el universo entero de los Chicos Salvajes se nos propone como larga fantasía sexual desestabilizadora y subversiva que

irónicamente le otorga su componente cuasichamánico a la literatura de Burroughs de este periodo. La lectura jocosa es que el autor, un señor ya maduro y con sombrero, nos propone al adolescente pajillero y descerebrado como modelo de escritor.

Las dos lecturas son, creo yo, igual de interesantes.

JAVIER CALVO

